

Mandressi, Rafael, Markarian, Vania (editoras). *Políticas de la ciencia. Historia, espacios e instituciones de la edad moderna al mundo contemporáneo*. Montevideo: Universidad de la República, 2022, 222 págs.

En uno de los capítulos más incitantes del libro recientemente editado por Vania Markarian y Rafael Mandressi, Michael Barany destaca el papel de la heterogeneidad como «condición para la comprensión» (p. 177). Barany, que se interesa en el mundo de las matemáticas a mediados del siglo XX, reivindica la heterogeneidad en «la producción de ideas, identidades e instituciones comunes» (p. 185) al tiempo que explora las redes y vínculos (personales e institucionales) creados gracias a la traducción. Es en esta clave interpretativa que pueden leerse los trece textos que, junto con una introducción de Antonella Romano y el epílogo presentado por los editores, integran *Políticas de la ciencia. Historia, actores, espacios e instituciones de la edad moderna al mundo contemporáneo*.

Publicada en 2022, la obra tiene sus orígenes en las reflexiones suscitadas por la pandemia de covid-19 y las medidas sanitarias que, tomadas en consecuencia, conmovieron al mundo entre 2020 y 2021. Ahora bien, si su punto de partida fue la crisis sanitaria y la necesidad de reflexionar sobre la relación entre ciencia y política en un contexto especialmente incierto, al preguntarse qué elementos intervienen en dicha relación más allá de (o justamente en) contextos históricos y espaciales específicos, el libro excede sus coordenadas originales de producción.

A partir de las contribuciones de un conjunto de historiadores de América Latina, Europa y América del Norte, el libro propone examinar el vínculo entre «conocimiento del mundo y poder decisonal» (p. 5) desde una perspectiva histórica cuya prioridad es abordar críticamente la correlación de fuerzas entre ciencia y política en un período que abarca cinco siglos y múltiples espacialidades. Se trata de un libro de historia de las ciencias en sentido amplio, pues los temas tratados abarcan disciplinas tan diversas como la medicina, la tecnología, el medioambiente y las matemáticas, así como su enseñanza, la relación de estos saberes con la

sociedad y las diversas modalidades y dispositivos con los que fueron obtenidos y difundidos.

Las cuatro secciones en las que se divide *Políticas de la ciencia* (1. «Políticas de la peste», 2. «Actores y mediaciones», 3. «Instituciones», 4. «La escala global») abordan períodos y espacios tan disímiles como la Mesoamérica del siglo XVI, las campañas científicas al interior de la República Argentina a fines del siglo XIX o los debates acerca de las políticas sanitarias a emplearse en Uruguay a la luz de los modelos existentes en el marco de la Guerra Fría. Pero es justamente esta heterogeneidad la que impide al lector olvidar que el hilo conductor o pregunta-guía de todas las contribuciones del libro es cómo comprender las relaciones entre saber y poder en contextos situados. El epílogo vuelve sobre esta clave de lectura para reforzar lo que los autores han procurado rastrear en sus respectivas contribuciones: el interés del libro radica en comprender críticamente «los circuitos de coproducción del conocimiento y de decisión» (p. 195).

A la vez, cada capítulo que integra el libro se acerca al binomio ciencia-poder en un contexto histórico particular y a partir de una serie de premisas y herramientas metodológicas que le son propias. En otras palabras, los autores desentraman las microestrategias presentes en aquella correlación de fuerzas en relación con las especificidades de cada caso estudiado. Ahora bien, sus particularidades no impiden que, en la medida en que se avanza en la lectura de las secciones, ciertas conclusiones allanen el camino a la comprensión de la dinámica ciencia-poder en términos generales. Es este, tal vez, uno de los mayores aportes del libro.

En la sección «Políticas de la peste», por ejemplo, Diego Armus y José Pardo-Tomás no solo alertan sobre los peligros de transponer pasado y presente, sino sobre las dificultades de hacer historia comparada (p. 36). «Cada epidemia de enfermedades infectocontagiosas es única», señala Armus (p. 32). En su análisis de

las primeras reacciones de las organizaciones homosexuales uruguayas frente a la pandemia de VIH-sida, Diego Sempol postula que un mismo colectivo o comunidad puede comportarse de manera diversa o desarrollar estrategias de acción cambiantes en función del contexto político-cultural dominante.

Por su parte, en la sección «Actores y mediaciones», los trabajos de Elisa Andretta y Rafael Mandressi reflexionan sobre la construcción del médico como figura de autoridad en relación con: a) la producción de discursos legitimadores y b) los vínculos entre el saber médico y el poder político encarnado en instituciones propias de la primera modernidad (poder regio, eclesiástico, jurídico, etc.) Por otra parte, si la ciencia es constructora de representaciones de la realidad, la contribución de Mariana Achugar, Gelsi Aussenbauer y Judy Gutiérrez no deja de recordarnos que las prácticas profesionales, su precarización, mecanismos de promoción y condiciones materiales de producción también condicionan la forma en que dicha realidad es representada.

Los trabajos que integran la tercera sección (Elodie Richard, Irina Podgorny, Fabiana Bekerman, Lucas D'Avenia y María Eugenia Jung) demuestran que las instituciones científicas están atravesadas por intereses políticos de diversa naturaleza: individuales, colectivos, nacionales, partidarios, etc. La importancia de la negociación en el tándem ciencia-política es destacada por Podgorny, quien observa las tensiones entre los científicos, la clase política y el Estado argentino en la década de 1880, pero también entre los primeros y los pobladores locales, expertos conocedores de los lugares visitados y por lo tanto probables garantes del éxito de toda expedición al noroeste o a cualquier otra región del interior de la República (p. 120).

La cuestión de las escalas es abordada en la sección 4, a partir de las contribuciones de Wolf Feuerhahn, Anne-Emanuelle Birn y Michael J. Barany. De Feuerhahn aprendemos que la competencia entre naciones se manifestó en las exposiciones universales, pero, sobre todo, que debemos cuidarnos de aplicar nuestras propias categorías a los actores que estudiamos (p. 147).

Si como afirman los editores en el epílogo, «lo local, al fin y al cabo, no existe en sí mismo: es tan solo una escala» (p. 197), la influencia del contexto global en los casos abordados por Birn y Barany resulta irrecusable. En efecto, la Guerra Fría no solo marcó las políticas públicas de los distintos estados latinoamericanos en el campo de la medicina y la salud (p. 172), sino que la adscripción a un modelo económico u otro también determinó la inserción de científicos latinoamericanos en el ámbito científico internacional y su eventual colaboración en redes de investigación. Son estos aspectos de la subjetividad científica a los que se refiere Barany en su análisis de las redes científicas mundiales en torno a las matemáticas y sus integrantes a mediados del siglo XX (p. 186).

Sin duda, los aportes mencionados hasta aquí resultan los principales aciertos de este libro heterogéneo, pero no por ello carente de cohesión. A la vez, contrariamente a lo que sus editores señalan, su aparición sí subsana (al menos de manera parcial) el déficit existente en el diálogo entre historia y ciencias políticas (p. 194). Si *Políticas de la ciencia* no instala el problema, pues no se trata de un tema nuevo *per se*, sí nos recuerda que el saber y el poder están inextricablemente relacionados y deben, por lo tanto, interrogarse en conjunto (p. 195). Es en este punto en donde los lugares de enunciación cobran especial relevancia. Aunque no sea abordada abiertamente por los autores, la pregunta por el *locus* de enunciación abre y cierra esta obra. ¿Es la Edad moderna un laboratorio posible para considerar las categorías historiográficas de ciencia y política en conjunto?, se pregunta Romano en la introducción. ¿Puede el «observatorio uruguayo» convertirse en ese «lugar periférico desde donde las cosas se ven de otro modo»? (p. 197), indagan los editores en el epílogo. En ambos casos, la respuesta es afirmativa y este libro lo demuestra con creces.

Carolina Martínez
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas; Universidad Nacional
de San Martín, República Argentina